

EL JUBILADO

*Confesiones del terrorista que salvó la
partitocracia*

Laureano Miró

© 2018, L. Miró
Segunda edición, septiembre de 2018
www.laureanomiro.laureamiro.com

Imágenes de portada: CC BY-SA 3.0 Grzegorz Pietrzak (metralleta Sten Mk II del museo Orla Białego de Skarżysko-Kamienna, Polonia) y © Can Stock Photo / PiXXart (sangre con impactos de bala).

A l'Edith, per donar-m'ho tot.

Agradecimientos

A Jordi, por compartir sus experiencias infantiles en el Turó de la Peira, y a los usuarios de *WordReference.com*, en especial a Saúl, por resolver algunas de mis dudas sobre las particularidades del español de Colombia.

Capítulos

I. La patria	7
II. La dignidad.....	20
III. El respeto.....	29
IV. El valor	33
V. La caridad	37
VI. La familia	40
VII. La justicia	51
VIII. La fe	57

I. La patria

Estar en prisión es jodido, pero al final te acostumbras. Cuando tienes más de ochenta años como yo y llevas casi veinte encerrado ya no quieres que te liberen. El mundo es ahora demasiado distinto a como era cuando estaba libre, y la verdad es que me acojona pensar que puedan sacarme de aquí. En los módulos de alta seguridad tu pasado criminal es tu prestigio, y es bien sabido que nadie tiene tantos muertos a su espalda como yo. Aquí soy un anciano respetado —incluso querido, diría yo— y si me soltaran no sería más que un mindundi ahogado en una asfixiante soledad, condenado a realquilar una habitación entre completos extraños, inmerso en una sociedad que me consideraría un esperpento completamente desfasado. No, yo aquí estoy jodido pero al menos tengo una vida. Y que lo diga un antiguo funcionario al servicio de la seguridad del estado tiene su mérito, ¿eh? En realidad, lo único que echo en falta aquí son las putas. ¡Ay, las putas!

Antes del marrón que me cayó encima había conseguido por fin tener una vida tranquila en mi ciudad natal, Barcelona. Cobraba una pensión miserable, una

vergüenza después de toda una vida de servicios a la patria, pero al menos ya no tenía que jugarme la vida a diario y le había pillado el gustillo a la jubilación. Me levantaba temprano por la mañana, iba a comprar el diario, desayunaba en el bar mi croissant con carajillo, paseaba por el parque, me sentaba en los bancos a ver pasar las mozas, me hacía la comida tranquilamente en casa y pasaba la tarde jugando a dominó o a la butifarra en el centro cívico. Una delicia, vamos, el sueño de todo jubilado. Aunque no me llegaba ni para irme de viaje con el Imsero, al menos podía reservar cada día un rinconcito para, una vez al mes, echar una cana al aire, ¡qué menos! Hasta que me vinieron a buscar, claro.

Hacía ya unos años que no le veía, pero le reconocí de inmediato. No había cambiado nada, incluso seguía vistiendo la misma levita negra que ya era anticuada cuando le conocí de joven. Quizás estaba un poco más encorvado, pero seguía siendo el mismo tipo alto, calvo como una bola de billar y con una narizota descomunal que le servía sobre todo para aguantar sus gafas de culo de vaso, tan pasadas de moda como su ropa. Vamos, que era feo con ganas, pero inexplicablemente tenía mucho más éxito con las mujeres que yo, el muy cabrón.

—¡Hola jefe! —me dijo como si no me viera desde antea— Sienta bien la jubilación, ¿eh? ¡Hace usted muy buena cara!

—Ya no soy su jefe —respondí yo de forma seca,

porque intuía que no se había presentado al centro cívico para saludar a su viejo compañero.

—Sabe que para mí usted siempre será mi jefe —respondió el muy pelota—. No ponga esa cara, ¿que no se alegra de verme? Venga, sentémonos en una mesa y le invito a un güisquito.

Si ya era raro que mi antiguo subordinado viniera a verme por sorpresa, el hecho de que me invitara a una copa acabó de ponerme en alerta máxima. Por una parte, en treinta años de servicio juntos jamás me había invitado a nada, era agarrado como el que más, pero que me propusiera además tomar un whisky, conociendo perfectamente mis problemas con el alcohol, solamente podía indicar que quería algo de mí. Por supuesto, algo chungo.

—Bueno, supongo que le sorprenderá mi visita después de tanto tiempo. Me hubiera gustado pasarle a ver alguna vez antes, pero ya sabe que en La Casa vamos siempre muy liados. —Oírle nombrar La Casa, como habitualmente llamábamos entre los agentes a nuestro lugar de trabajo, el Centro Nacional de Inteligencia, me obligó a tomar el primer trago largo de whisky—. Pero en fin, qué le vamos a hacer, lamento molestarle ahora que tiene una vida tranquila, pero me envía el superintendente. España está en peligro.

Cagada. Cada vez que La Casa apelaba al sacrificio por España la cosa solía acabar mal. Jodidamente mal.

—Supongo que estará usted al corriente de la

actualidad política, ¿verdad? —continuó— En un par de meses tenemos elecciones generales y todo el sistema democrático puede irse al garete. Sabe los peligros de que gane el PDL, ¿no?

A mí la política no me interesaba un pimiento. La primera vez que voté lo hice por Fraga en las elecciones del 82, pero cuando vi que Felipe González tenía menos peligro que el ratoncito Pérez perdí el interés, la verdad. De hecho no volví a votar hasta muchísimos años después, cuando los perroflautas de Podemos parecía que se iban a comer el mundo, pero como todo volvió a quedar en nada acabé pasando definitivamente de política. Pero sí, claro que había oído hablar del PDL, el Partido de la Democracia Líquida, porque no se hablaba de ninguna otra cosa. Encendieras la radio, abrieras un diario o jugaras a dominó con los colegas ya te estaban dando el coñazo con las próximas elecciones.

—¡Buah! —contesté con un deje de desprecio— Tanto usted como yo nacimos el mismo año, en el 58, así que tenemos casi sesenta y cinco años: nos guste reconocerlo o no formamos parte de la tercera edad; no somos más que unos vejestorios. Con la vida que hemos llevado deberíamos estar muy pero que muy agradecidos de haber llegado ¡a 2023! ¿Y de verdad cree que me tiene que importar para algo el resultado de estas elecciones?

—Por supuesto —respondió—, tiene usted que tomar

conciencia de la delicada situación actual. Mire, esta vez parece que va en serio y el Partido de la Democracia Líquida puede ganar por una mayoría amplísima. Si así fuera desmontarían el sistema y todas las decisiones importantes, la aprobación de las leyes, la discusión de los Presupuestos Generales, todo, quedaría en manos directamente de la gente, no habría ninguna cortapisa ni ningún control, sería la hecatombe. ¿Se imagina lo que pasaría con el presupuesto del Ministerio de Defensa o con el de La Casa?

—A mí ya me la suda —confesé—, cobro una pensión de la Seguridad Social. Y a usted le queda poco, no debería preocuparle demasiado.

—¡Coño! —exclamó—, está usted de un pasota que parece mentira. No es que me importe solamente a mí, es que preocupa a muchos peces gordos que han decidido que ante esta situación hay que actuar sí o sí. Y me sabe muy mal, pero tendrá que aceptar una última misión. Le gustará o no, pero yo he de cumplir órdenes y resulta que a usted le tienen cogido de las pelotas.

—Oiga —dije entre sorprendido y extrañado—, a mí no me tiene cogido de las pelotas nadie.

—Sí, jefe, sí —me dijo con condescendencia—. Tienen el caso Ponsdevall.

La palabra «mierda» apareció y rebotó con fuerza en mi mente. Quique Ponsdevall era un antiguo confidente mío reciclado en agitador okupa que me hinchó demasiado

los cojones. Después de una monumental batalla campal contra las fuerzas del orden acabó detenido junto a varios de sus colegas en un cuartel de la Guardia Civil donde yo realizaba tareas de apoyo. Los ánimos estaban muy caldeados, tanto por parte de ellos como de nosotros, y en esas estábamos cuando me reconoció y me insultó. No me dijo «madero de mierda», «cabrón» o «cerdo asqueroso», insultos a los que todos más o menos estábamos acostumbrados, sino que el muy imbécil la clavó: «putero alcohólico». Ese hijoputa me conocía demasiado. El daño que hace un insulto con poso de verdad y bien dirigido no se puede comparar a ninguna otra ofensa. Perdí el control. Le metí en uno de los calabozos y empecé a patearle, en el estómago, en la cabeza, en los testículos. Había bebido bastante, en aquella época era habitual en mí, y me pasé tres pueblos. El chaval murió dos días después en el hospital comarcal. A nivel interno se montó la de dios es Cristo, normal, pero como el muerto no tenía familia y nadie le reclamó se pudo acabar tapando todo. Fue entonces cuando me retiraron del servicio activo y me dieron la baja hasta poder prejubilarme.

—No me joda —dije intentando ocultar mi alarma—, si en su momento lo ocultaron todo, ¿cómo justificarían la reapertura de la investigación sin que les cayesen palos por todas partes?

—Pues simplemente haciendo aparecer el sonido de

toda la paliza que uno de los guardias grabó en su móvil —me dijo apesadumbrado—. El superintendente me ha ordenado que le enseñe la grabación, ¿quiere oírla?

No, no quería oírla, me bastaba con saber que la tenían. Mi antiguo subordinado me recitó entonces el discurso que le habían mandado aprenderse: estaban dispuestos a reabrir el caso, aportar la grabación y conseguir que la fiscalía solicitara 25 años de prisión por asesinato con agravante de abuso de autoridad.

—¿Asesinato? —exclamé con indignación— ¡No es más que homicidio imprudente!

—Y una mierda —me respondió con contundencia—. El pájaro estaba esposado, así que no podía defenderse y por tanto existe alevosía, y ni a su abogado defensor se le ocurriría negar el ensañamiento porque el tío estuvo agonizando dos días en el hospital. Debería saberlo, y si no repase los apuntes de la academia: homicidio con alevosía y ensañamiento es asesinato. Y ni siquiera le permitirán que alegue el atenuante de intoxicación etílica, porque a cambio de exculpar a los guardias que le acompañaban éstos tendrán que declarar que es usted más abstemio que Mahatma Gandhi. Ya sabe que hace décadas que la fiscalía dejó de ser independiente en este país; harán lo que sea para argumentar la comisión de los delitos que les indique el gobierno. Lo que le he dicho: 25 años.

Esos hijos de puta me tenían cogido de verdad por las pelotas.